

—¿Y cuándo pensais realizar ese matrimonio?

—Muy pronto, muy pronto, antes de ocho dias, porque las horas que tarde en verificarlo me parecen años. Ya estoy corriendo las diligencias, tengo ya en mi poder el certificado del entierro de Luisa, y voy al Arzobispado esta misma tarde á pedir la dispensa de las amonestaciones: en fin, todo va de prisa.

—Me parece muy bien.

—En este momento acabo de decir á mi mayordomo que anuncie esta buena noticia á los administradores de las haciendas para que vengan á reconocer á su ama, y que se manden hacer libreas nuevas para toda la servidumbre, y en fin, que todo se prepare con el boato que merece la marquesita.

—¿Y no habeis ido hoy á visitarla?

—En este momento iremos, si os parece y me quereis acompañar.

—Con todo mi gusto.

—Dejadme solo guardar este collar.

Don Pedro guardó el collar en una gabeta, tomó su ferreuelo y su sombrero, y salió acompañado de Don Alonso.

En los patios habia una especie de tumulto: el mayordomo habia mandado reunir á los criados para anunciar las órdenes de su amo.

—¿Ya estan ahí todos?—dijo el mayordomo.

—Sí—contestaron muchas voces.

—¿Todos? porque el señor no quiere que falte nadie.

—Solo el pobre Lázaro falta, dijo uno.

—Pues que le llamen.

Dos lacayos fueron por Lázaro, á quien todos le tenian un gran cariño por su humildad, y le colocaron en primera línea.

—Es el caso que el amo—dijo el mayordomo—quiere casarse muy pronto, y dispone que esto sea con el mayor regocijo. Para esto, en este mismo mes, que será su boda, todos tendreis librea nueva de cuenta de la casa y salario doble.

—¡Que viva el amo!—gritó un lacayo.

—¡Que viva!—contestaron los demás.

—Ahora—continuó el mayordomo—es preciso saber corresponder, arreglarlo todo y dejar la casa como un plato de china para el dia de las fiestas; con que no sea necesario que yo os ande cuidando, ¡eh!

—No.

—¿Y á señor Lázaro qué le darán?—preguntó un lacayo.

—A ese—contestó el mayordomo mirando á Lázaro—á ese ya veremos; el amo no se quedará corto: idos.

Y todos se retiraron victoreando á Don Pedro de Mejía.

—Difícil me será ver á cualquiera de ellos sin descubrirme.

—En tal caso, tambien el arzobispo Don Juan Perez de la Cerna, que es enemigo mortal de Don Pedro por los negocios del de Gelvez.

—¡Oh, si estuviera aquí Martin!

—Dios sabe lo que será de él, porque hace mucho que no le veo, y me dijo una noche que partia para Acapulco; tal vez se haya ido ya.

—¿Qué hiciéramos?

—Veré al arzobispo.

—¿Tú?

—Yo; por los mismos asuntos del motin le he conocido.

—Bien; me harías en ello un servicio.

—¿Y qué quereis que le diga?

—En caso de que llegues á hablarle, nuestro plan tiene que combinarse mejor; debes decirle que Don Pedro, grande enemigo de él y de los suyos, trata de contraer matrimonio; que segun entiendes, Luisa su mujer vive, y que irritado como estás por las malas pasadas que os hizo Don Pedro, quisieras consejo de su Ilustrísima para buscar á Luisa y presentarla á Don Pedro en el momento de la celebracion del matrimonio.

—Y lo que me conteste.....

—Me lo avisarás inmediatamente: ¿cuándo piensas ir?

—Ahora mismo; si me esperáis aquí, pronto estoy de vuelta.

—Esperaré.

—En ese caso me voy.

Teodoro, cuando se trataba de servir á uno de sus amigos, era activísimo; pero en este caso, en que todos los recuerdos de sus padecimientos se encendian, no podia vacilar.

IV.

En que se trata de una persona insignificante, pero que hace gran papel en esta historia.

GAZARO, que como hemos visto no era otro que Don César de Villaclara, salió en la tarde del mismo dia en que se anunció el casamiento de Don Pedro, y se fué derechamente á la casa de Teodoro.

El negro le vió entrar, y con gran disimulo le llevó hasta la cámara que le habia destinado.

—Teodoro—le dijo Don César cuando estuvieron solos

—¿recuerdas á Luisa la mujer de Don Pedro de Mejía?

—Perfectamente—contestó el negro.

—¿Sabes su paradero?

—Exactamente no puedo decirlos ahora dónde se encuentra, ni si ha muerto ó aun vive.

—Pues necesito saberlo.

—¿Os importa?

—Mucho; que Don Pedro dese casarse muy pronto, y esto seria el principio de mi venganza.

—En ese caso la buscaremos.

—¿Quién pudiera darnos razon de ella?

—Don Melchor Perez de Varais, en cuya compañía vivia, ó el oidor Don Pedro de Vergara Gaviria.

Poco rato despues, penetraba en el palacio de S. Ilma.

Don Juan Perez de la Cerna no era ya, como en los tiempos del marqués de Gelvez y despues en los del gobierno de la Audiencia, un príncipe rodeado de cortesanos y de ostentacion; la estrella del prelado comenzaba á nublarse, y la tempestad rugia ya por el lado de la corte de España.

Por mas cartas y manifestaciones que él y los suyos habian enviado al rey, S. M. habia fruncido el entrecejo, y el seño real habia, por decirlo así, atravesado el océano y venido á entristecer y á acobardar al poderoso arzobispo.

El palacio de S. Ilma. habia comenzado á quedar solitario; poco á poco habian ido desertando unos en pos de otros los aduladores, y cuando Teodoro llegó á visitarle, aquella era ya la casa del verdadero obispo cristiano.

S. Ilma. estaba encerrado en su biblioteca leyendo ó meditando, y en la antesala dormitaban dos familiares.

El desagrado del soberano se hacia sentir allí cruelmente.

Teodoro habló á uno de los familiares.

Como era natural, supuesto el aislamiento del arzobispo, no hubo necesidad de esperar mucho tiempo para conseguir la audiencia.

El familiar volvió á presentarse y abrió la puerta para hacer entrar á Teodoro.

Don Juan Perez de la Cerna estaba sentado en un sitial dando muestras de profunda melancolía; su semblante indicaba cuánto sufría aquel espíritu vigoroso é inquieto, con la situacion en que la suerte le colocaba: podia decirse que el arzobispo habia envejecido en pocos dias.

Alzó indolentemente el rostro para mirar á Teodoro, y no lo reconoció al pronto.

—Buenas tardes Illmo. Sr.—dijo Teodoro inclinándose respetuosamente.

—¿Qué se te ofrece?—preguntó el arzobispo sin contestar el saludo.

—Vengo á consultar á su señoría Ilustrísima sobre un negocio.

—Habla; pero procura ser breve, porque estoy enfermo.

—Seré breve: sabrá su señoría Ilustrísima que yo fuí aprisionado por el marqués de Gelvez, cuando el negocio del tumulto que recordará S. Ilma.

El arzobispo movió con disgusto la cabeza y miró á Teodoro.

—¿Y á qué viene eso?—dijo.

—Permítame S. Ilma. que le hable, porque eso tiene mucho que ver en el negocio de que voy á tratar.

El prelado inclinó la cabeza como resignándose á oír.

—Don Pedro de Mejía—continuó Teodoro—fué sin duda uno de nuestros mayores enemigos y que influyó mucho en mi prision; Don Pedro era casado con una dama que se llamaba Luisa, la cual apareció despues porque Don Pedro la abandonó la misma noche de su boda, como esposa del corregidor Don Melchor Perez de Varais.

El arzobispo comenzó á escuchar con interés.

—Yo—continuó Teodoro—sé que en estos dias se casa Don Pedro con una dama de quien está apasionado, y quiero que me alumbre S. Ilma. para que sepa yo lo que debo hacer, á fin de buscar á esa Doña Luisa, para presentarla en compañía de la justicia, á la misma hora del casamiento de Don Pedro. Ellos nos han ganado; el visitador nuevo quizá nos persiga; pero nos hetios de vengar de los que nos han traído tantos males á su señoría Ilma. y á sus partidarios.

En la cabeza del prelado se acumularon en aquellos momentos sus recuerdos del pasado, sus decepciones del pre-

sente, su abandono, su aislamiento, su porvenir en la corte.

El arzobispo era hombre, y sintió hervir su sangre con las palabras de aquel que tenia valor de llamarse su partidario en la desgracia, que resentia lo que él habia sufrido, y que pensaba aún en vengarse y en combatir, cuando todos temblaban y huían de él.

En vez de contestar preguntó el prelado:

—¿Cómo te llamas?

—Teodoro.

—Teodoro! yo te conozco, es ¿verdad?

—Martin de Villavicencio, el Bachiller, me presentó con S. Illma. en aquellos tiempos mas felices para nosotros.

—Es verdad. ¿Y Martin adónde está? ¿tambien me ha olvidado?

—No lo piense S. Illma.; Martin tuvo que huir y está lejos.

—¿Qué objeto llevas al querer impedir el matrimonio de Don Pedro?

—Castigarlo yo, ya que no hay autoridad que lo haga.

—¿Y cómo lo conseguirás?

—Si encuentro á Luisa y S. Illma. me protege, en primer lugar se estorba esa boda, y despues se da un escándalo, en el que quien pierde es Don Pedro.

—Pues yo no sé adónde está Luisa, pero preguntaré á quien debe saberlo, te lo diré, y te daré consejo; porque la venganza no es buena, aunque sí el castigo del malvado.

—¿Cuándo quiere S. Illma. que vuelva?

—Mañana mismo.

—En ese caso ya no molestó á S. Illma. y me retiro.

—Adios, Teodoro, hasta mañana—dijo el prelado dándole á besar el pastoral.

Teodoro se retiró y el arzobispo le siguió con a vista hasta que le vió salir.

—He aquí un negro—exclamó—como debieran ser muchos blancos: este tiene ánimo, este no desmaya, este no teme como yo, cuando debiera amedrentarse, mas porque él puede subir al cadalso, mientras que yo nunca; y sin embargo, él está sereno y ne se entristece, y vencido desgraciado, lucha y espia el momento de su enemigo para combatirle y vencerle; porque lo vencerá y yo le ayudaré porque lo merece, y porque su causa es mi causa, y su venganza es mi venganza; y seria horrible que mañana que el rayo de la corte me hiera, estos hombres se rian de mi desgracia....No....no.....¡cuantos pueda derribar antes de hundirme, caerán!

El arzobispo se puso á pasear en silencio.

—Buscaré á esa Luisa y le ayudaré al negro; Don Pedro de Vergara Gaviria sabrá de ella; él tambien tiene mucho que vengar en nuestros enemigos; le comunicaré el proyecto de Teodoro, y nos ayudará.....Le enviaré á llamar.

Y sentándose inmediatamente, escribió una esquila que plegó poniéndole la direccion.

Tocó en seguida una campanilla, y un familiar se presentó á recibir sus órdenes.

—Esta carta al licenciado Don Pedro de Vergara—dijo el arzobispo.

Media hora despues, Don Pedro entraba en el palacio arzobispal.

—Aquí me tiene S. Illma.—dijo presentándose.

—Mi señor Don Pedro—contestó el prelado;—tome asiento su señoría, y hablaremos de un negocio.

Sentóse Don Pedro de Vergara, y el arzobispo continuó:

—¿Os pesaria darle un mal rato á Don Pedro de Mejía, nuestro antiguo conocido?

—A fé que no me pesaria mucho.

—Pues cosa fácil será si quereis.

—Quiero, que me tiene aún muy ofendido, y temo que de nosotros se ha de reir, segun van las cosas.....

—Entonces, os diré que Don Pedro está muy apasionado, y muy pronto debe contraer matrimonio, para lo cual él prepara solemnes fiestas.

—¿Y bien?

—¿Cómo y bien? ¿no comprendeis aún?

—Os aseguro que no.

—¿Don Pedro de Mejía no se casó con Luisa?

—Sí.

—Luego siendo casado, no puede contraer.....

—Permítame S. Illma., que Don Pedro no es casado.

—Pues ¿y Luisa?

—Murió en las cárceles del Santo Oficio.

—¿Murió?—dijo espantado el arzobispo;—entonces nada se puede hacer.

—Por ese lado al menos.

S. Illma. quedó pensativo.

—Pero ¿cómo es—dijo de repente—que Don Melchor, que la hacia pasar por su mujer, no me refirió jamás esto?

—Esa es una historia bien curiosa: Luisa fué ahorcada en las cárceles secretas del Santo Oficio; pero tratando de ocultar esto á Don Melchor, se le dijo que por artes mágicas habia perdido su figura, y con el testimonio del inquisidor mayor y el mio, tomó por su mujer á una negra, á quien le presentamos como tal, y se la llevó, compadeciéndose mucho de su situacion.

—¿Eso ha pasado?

—Como se lo cuento á S. Illma., solo que como se trataba de salvar el honor de la Inquisicion, de evitar un escándalo, yo me presté fácilmente, y suplico á S. Illma. que

me guarde esto como revelado bajo el sigilo sacramental.

—Hé aquí que estamos salvados—exclamó el arzobispo.

—¿Cómo?

—Luisa, oficialmente, es decir, para nosotros, para la Inquisicion, para la Iglesia, existe.

—¿Existe!

—Sin duda; testimonios irrecusables prueban que la sacó de la Inquisicion Don Melchor Perez de Varais; eso lo declarareis vos, el inquisidor mayor, yo, Don Melchor, el secretario y familiares del Santo Oficio, y que es la misma que debe vivir con Perez de Varais, y aun cuando se empeñaran en negar ella y Mejía, el juez debia fallar por las pruebas *secundum alegata et probata*, y en ese punto es seguro que se triunfa; luego resulta que es casado Don Pedro de Mejía, que se impide el matrimonio que medita, que se le obliga á reconocer como su esposa á la mujer que entregásteis á Don Melchor, y que el castigo es para él mayor, que era lo que queria yo probaros.

—Comprendo, comprendo.

—En ese caso, escribid á Don Melchor que venga, trayendo á su esposa.

—Fácil será hacerle condescender, porque tiene que venir en estos dias á felicitar al virey.

—Entonces escribidle.

—Lo haré como S. Illma. lo dispone.

El arzobispo y Don Pedro de Vergara siguieron conversando hasta una hora despues que éste se despidió.

En la misma noche un correo de Don Pedro de Vergara salia para Metepec, con cartas para el alcalde mayor Don Melchor Perez de Varais.

Don Pedro de Mejía siguió haciendo los preparativos de su boda.

zas de los curiosos que pretendian ver lo que contenia el misterioso carruaje cubierto.

Don Melchor saltó del que le habia conducido y se dirigió al otro, que los criados habian comenzado ya á abrir.

En el interior se vió entonces á una negra con una fisonomía estúpida y horrible, pero cubierta de seda y adornada con multitud de alhajas de oro.

Dos criadas, esclavas á lo que parecia, la acompañaban.

La negra sonriéndose descendió, sostenida por Don Melchor, que parecia tratarla con toda especie de miramiento.

Los criados sacaron de los coches multitud de bultos de equipaje y comenzaron á subirlos.

La negra con un aire estúpidamente alegre y apoyada en el brazo de Don Melchor, subió tambien la escalera mirándolo todo con gran curiosidad, y entrando en una de las cámaras se dejó caer en un sitial.

La negra seguia mirando todo y sonriendo, Don Melchor la contemplaba con cierta especie de compasion y de tristeza.

—¿Estás cansada, Luisa?—le preguntó.

La negra le miró fijamente sin contestar; Don Melchor movió la cabeza é insistió en su pregunta alzando la voz.

—¿Estás cansada?

—Hambre yo, comer yo—contestó la negra.

—¡Pobre mujer! exclamó el alcalde—¿quién pudiera reconocerla así?

Entonces llamó á dos esclavas que vinieran á cuidar de la que él llamaba Luisa, y se retiró á su aposento.

Don Melchor comia solo; á la negra le servian en su aposento, y así se hizo tambien en aquel dia.

A la mañana siguiente Don Melchor entraba en casa del oidor Don Pedro de Vergara.

V.
En el que se verán cosas muy grandes.

UNA tarde, seis dias despues de los acontecimientos que referimos en el capítulo anterior, entraban á México dos carrozas seguidas de una multitud de criados á caballo.

En la primera iba Don Melchor Perez de Varais, alcalde mayor de Metepec, y que venia á presentar sus respetos al nuevo virey y á sincerarse de los cargos que se le hacian por la parte que decian se le atribuia en el tumulto contra el marqués de Gelves.

El alcalde venia asomándose por las ventanillas del carruaje y saludando á los conocidos que encontraba entre la multitud, que se detenia en las calles para ver pasar la comitiva.

La segunda carroza iba enteramente cerrada y cubierta con una gran camisa blanca, llena de polvo, lo que era indicio de que muy pocas veces se haçia abierto durante todo el camino.

Don Melchor tenia en México su casa, y los dos carruajes y los criados penetraron al patio, cerrándose inmediatamente el zaguan, con lo que quedaron burladas las esperan-

—Heme aquí—dijo Don Melchor despues de los saludos de costumbre—heme aquí ya en México como deseábais, y trayendo á Luisa conmigo, que fué lo que me encargásteis mas: deseo que me digais el objeto de este viaje.

—Sí haré, y os aseguro que quedareis satisfecho; trataré de castigar á un hombre sin fé y sin corazon, á un hombre que ha sido nuestro enemigo desde los calamitosos tiempos del de Gelvez, á un hombre que ha abusado por muchos años del poder que le han dado sus riquezas, y que ha causado, en fin, vuestra desgracia y la de esa infortunada mujer.....

—¿Pero de quién me habláis?

—De Don Pedro de Mejía.

—¿De Don Pedro de Mejía?

—Sí, y sabedlo de una vez si lo ignorais: él fué el favorito del marqués de Gelvez; por él se desató la persecucion contra nosotros; él es el legítimo esposo de Luisa; él sin piedad la arrojó á la calle la noche de sus bodas, abandonándola impunemente; él que sintió la mano de Luisa en los asuntos del marqués de Gelvez, por artes maléficó la ha reducido al miserable estado que hoy guarda, causando vuestra desesperacion; y él es, en fin, el que olvidando todo esto prepara sus bodas con una dama de esta ciudad, á la que abandonará tal vez mañana. Es preciso castigar á ese hombre, salvar á esa jóven, vengar á Luisa, y sacar á la vergüenza á un miserable que se burla de todo lo mas santo que hay sobre la tierra. ¿Lo creéis, justo? ¿Quereis ayudarnos?

—¡Pero ese hombre es un monstruo!

—Es un aborto del infierno: en vuestra mano está ahora su castigo; ¿la levantareis, la retirareis sin herirle?

—Pero él es poderoso, luchará.

—Más lo somos nosotros, porque la justicia nos escuda; venceremos.

—¿Y quién nos ayudará?

—¿Quién? En primer lugar Dios; despues todos los que le conozcan el dia en que se le arranque el antifaz que le cubre; el señor arzobispo está de nuestra parte.

—Pero explicadme vuestros planes.

—Oid: Don Pedro está próximo á casarse; nada decimos entretanto; pero con gran secreto presentais en nombre de Luisa vuestra acusacion contra él. S. Ilma. tiene la ciencia cierta de que á pesar del cambio que ha sufrido en su persona, ella es la verdadera esposa de Mejía; sobre esto pueden atestiguar el señor inquisidor mayor, los secretarios y escribanos del Santo Oficio, y yo que intervine en todo: además, consta la declaracion de Mejía en que confiesa haber puesto á Luisa, su mujer, en el estado en que fué recogida por el Santo Oficio. ¿Creeis que esto no bastará?

—Bien está; ¿y luego?

—Acabando de celebrarse la ceremonia y cuando esté rodeado de sus amigos y aduladores, el señor arzobispo se presenta repentinamente llevando á Luisa y seguido de todos nosotros, declarando sacrílego el acto, y ya supondreis cuánto seguirá despues.

—Es un terrible castigo.

—Pero merecido.

—Sí, tal creo.

—Entonces ¿estais conforme?

—¿No tendrá Luisa que sufrir mas?

—De ninguna manera; su estado la pone á cubierto aun de la menor reconvencion.

—¿Y yo?

—Vos menos; lo que haceis por esa mujer es el acto mas

sublime de caridad, que nadie se atreverá á echároslo en cara. ¿Conque estais resuelto?

—Que se haga como disponeis.

—Entonces, venid.

Don Pedro de Vergara tomó su sombrero y su capa, y dijo á Don Melchor:

—Vamos á ver al señor arzobispo.

—¿Tan pronto?

—No hay tiempo que perder; ayer ha conseguido Mejía las dispensas en el arzobispado, y quizá mañana en la noche tenga lugar la ceremonia.

—Vamos entonces.

La carroza de Don Melchor estaba en la puerta, los dos montaron en ella, y fueron á apearse á la entrada del palacio del arzobispo.

S. Illma. no los hizo esperar mucho para recibirlos.

—El señor Don Melchor Perez de Varais—dijo el oidor—viene á ver á S. Illma. para el negocio de que S. Illma. y yo habiamos hablado. Don Pedro de Mejía apresura su matrimonio, y es necesario que nosotros caminemos de prisa.

—¿Y cómo habeis pensado dar forma al negocio?—preguntó el arzobispo.

—De esta manera, si le parece á S. Illma.: Don Melchor presentará á S. Illma. escrito diciendo que aunque se han dispensado las moniciones á Mejía, ha llegado á su conocimiento que trata de casarse; que como todo cristiano, está en obligacion de manifestar los impedimentos que sepa, y que para descargo de su conciencia hace presente á S. Illma. que Don Pedro de Mejía es casado y velado, *coram faciem ecclesie*, que abandonó á su mujer, que por artes malos le trocó el color y le hizo perder la razon; que dicha mujer la recogió el mismo Don Melchor y la mantiene de caridad;

y que esto lo pueden certificar el señor inquisidor y ministros del Santo Oficio, el oidor Vergara Gaviria, y le consta además por ciencia propia al Illmo. señor arzobispo.

—Me parece muy bien pensado y con total arreglo á derecho.

—Se presenta S. Illma. en la casa de Mejía con la infeliz Luisa y con todos nosotros que le acompañaremos; tan luego como haya terminado la ceremonia del casamiento, y si S. S. Illma. quiere, puede pedirse el auxilio del *brazo secular* para llevar á prevencion alguaciles que prendan á Don Pedro de Mejía.

En la misma cámara del arzobispo se formó el escrito, que firmó Don Melchor, y se mandó al provisor para que con el mayor empeño y secreto posibles, se procediera á recibir las necesarias declaraciones.

Don Melchor regresó á su casa y el arzobispo envió á llamar á Teodoro.

—Tengo—dijo S. Illma. al negro—el hilo del negocio de que me has hablado respecto al matrimonio doble de Don Pedro de Mejía; y es, en efecto, todo tal como tú me lo habias pintado y muy digno de castigo; pero hácese necesario que tú procures averiguar y avisarme con oportunidad, la hora, lugar y dia en que celebrarse debe el casamiento.

—Fácil me será obedecer en eso á S. Illma., porque tal empeño tengo en ello, además de lo muy obligado que le estoy á S. Illma., que un criado existe en la casa, que me pone al corriente de cuanto allí ocurre.

—En tal caso, tu misión se reduce á darme aviso, que por mi cuenta será lo demas: anda y sé diligente.

—S. Illma. quedará satisfecho de mí.

Teodoro salió inmediatamente á noticiar á Don César lo que ocurría.

Don César tomaba el sol en la puerta de la casa de Don Pedro de Mejía, y al ver que Teodoro pasaba y le miraba fijamente, comprendió que algo tenía que decirle; se levantó con disimulo y le siguió.

Uno en pos del otro llegaron hasta la calle de San Hipólito y hasta la habitación reservada de Don César.

—¿Qué tenemos?—preguntó éste.

—Las cosas marchan—contestó Teodoro;—el arzobispo no se contentó con orientarme en el asunto, sino que ha tomado las cosas por su cuenta con tanto calor, que no desea saber sino la hora y lugar de la ceremonia; todo dice que lo tiene dispuesto.

—¿Habrás encontrado á Luisa?

—No sé nada; encargóme solo de avisarle lo que os digo y nada mas: ahora quisiera saber si podremos darle el aviso oportunamente.

—Sí tal, que yo debo saberlo.

—Entonces, os suplico que me lo digais para no quedar mal con S. Illma.

—Lo sabrás y podrás darle aviso.

VI.

Cómo el hombre que duerme no ve formarse la tempestad.

Don Pedro seguía en los preparativos de su boda, sin sospechar siquiera lo que se tramaba contra él.

La noticia de aquella boda se había esparcido por la ciudad: Doña Catalina era conocida; pero como tenía cuidado de no presentarse en público y se había cambiado el nombre, nadie suponía que fuese ella la misteriosa prometida de Mejía.

Se contaban cosas maravillosas de su hermosura y de su nobleza; era, según Don Alonso de Rivera, que había visto las ejecutorias de la casa, descendiente por línea recta del emperador Guatimoc, y de una de las familias mas nobles de la península.

Esto y la vida misteriosa que tenían la hija y la madre, hacía que se hablara de ellas en toda la ciudad.

Don Baltasar de Salmeron daba vueltas sin encontrar en su cabeza un medio para salir airoso con el virey y el visitador, en el negocio de la conspiración.

Las conversaciones acerca del casamiento de Mejía llegaron á sus oídos, y comprendió que verdad ó mentira, la madre de la que iba á ser esposa de Don Pedro era muy á propósito para pasar por la misteriosa dama de que él había oído hablar.

Varias circunstancias contribuían á esto; eran una madre y una hija, vivían en el misterio, decíanse descendientes de Guatimoc, y estaban, por decirlo así, de moda; en todo caso él nada exponía con la denuncia, y tal vez podría resultar que habia acertado. ¿Quién le respondía de que aquella mujer no fuera la que buscaba, atendiendo á aquellas circunstancias?

Salmeron no vaciló, y pidió una audiencia al virey.

Ya éste le esperaba y muy pronto le concedió la entrada, con asistencia del visitador.

—¿Hase adelantado algo en la averiguacion?—preguntó el virey.

—Creo haberlo descubierto todo—contestó Salmeron.

—Hablad—dijo el visitador.

—Recordarán S. E. y su señoría que dije que el alma de la conspiracion era cierta dama misteriosa que yo no podia conocer.....

—Sí—le interrumpió el visitador para hacer gala de su memoria—y que los únicos datos que teniais, eran que ella se decia descender del emperador Guatimoc, que vivía sola con una hija hermosa, y que tenían una existencia misteriosa.

—Exactamente, su señoría no olvida nada: pues bien, creo que he dado con esa mujer.

—¿Quién es? ¿cómo se llama?

—Su nombre no podré decirlo á S. E., porque aun no lo sé, pero quién es, sí.

—Pues ¿quién es?

—¿Sabe S. E. que debe casarse muy pronto Don Pedro de Mejía?

—Sí, el amigo del marqués de Gelvez.

—El mismo.

—¿Y eso qué tiene que hacer?

—Que la dama con quien se casa; es la que yo buscaba de órden de S. E.

—¿La madre?

—No, la hija es la que se casa; la madre es la mujer de la conspiracion.

—Aguardo—exclamó el visitador—y sí, en efecto, que referir he oido que esa dama vivía y vive con tal misterio, que nadie la conoce, y que se dicen ser de la familia de Guatimoc. Pues no habia yo caido en cuenta. Puede que Don Baltasar tenga razon.

—Al menos si me equivoco, su señoría comprenderá que soy disculpable.

—Vaya, lo creo; pero ya pensaremos qué se hace: os ruego, señor Don Baltasar, que averigüeis en dónde viven esas damas, porque las cosas están mal, no es posible formar tan pronto como se deseara la expedicion que debe marchar para Acapulco, y esos pícaros herejes holandeses viven allí como si fuera su casa, y es seguro que seguirán entendiéndose con los criollos, y que éstos, envalentonados con aquel revés, quieran el dia menos pensado hacer aquí un tumulto como el que acaba de pasar, y ahora por desgracia cuentan con mayores elementos para ello; de modo y manera que urge el remedio, que tan fuerte debe ser como es grave el mal y aguda la enfermedad.

—¿Qué dispone V. E. que yo haga?—preguntó Salmeron.

—Nada mas sino que esta noche me traigais la noticia que os he pedido, adónde puede haberse á esa dama para prenderla.

—¿S. E. me permite hacerle una pregunta?

—Decid.

—¿Y si no saliera cierto lo que yo me he pensado y he